

## ÍNDICE

Palabras para Mireya .....	9
Un paseo con bastón.....	13
Mañana en Itaparica .....	19
Fiesta en el ilé.....	25
El sabor del Dendê .....	33
El primer adiós .....	41
Ciudad maravillosa .....	49
Playa roja.....	55
Vuelta a casa.....	63
El vaticinio .....	71
El otro adiós .....	77
Vientos del sur .....	83
Allegro vivace.....	89
Partir otra vez.....	93
Dulces tormentos .....	101
Presto agitato.....	107
En alas de la música .....	117
Llegando a puerto .....	123
Nuevos rumbos .....	129
Los años de oro .....	137
Pasos al otro lado del mundo .....	151
Crimen y castigo .....	157
Allegro maestoso .....	165

El deportado.....	171
Señor, no lo hemos visto .....	177
Juego de pelota.....	185
Baladilla de Buenos Aires .....	193
Lento cantabile .....	197
Luces del atardecer.....	205
Irse en octubre.....	213
Bibliografía .....	219

## PALABRAS PARA MIREYA

Conocí a la escritora Mireya Soriano en la Feria del Libro de Madrid de hace algunos años. Me encontraba firmando, en tarde inolvidable, con Luis Eduardo Aute ejemplares de *Aute, lienzo de canciones*, uno de esos libros que he tenido la fortuna de publicar en esta casa acogedora que es Milenio con mi querido editor y amigo Javier de Castro.

El nexo de Aute fue suficientemente poderoso para que entre Mireya y este prologuista surgiera una amistad reforzada en algunos encuentros en Cádiz donde le presenté uno de sus libros y donde precisamente también presentamos *Aute, lienzo de canciones* en un acto en el que también nos acompañó el simpar Gonzalo García Pelayo.

La vida fulge en los instantes que nos propicia la literatura. Con Mireya había además una afinidad que tenía que ver con la huella que en nosotros habían dejado nuestros padres. El mío, José Manuel García Gómez, poeta gaditano de la generación del cincuenta, fundador de una revista de poesía llamada *Caleta*. El suyo, Alberto Soriano Thebas, músico eminente nacido en Santiago del Estero al que dedica este extraordinario libro titulado *Andante* que tiene el lector entre sus manos.

La búsqueda del padre tiene mucho de literaria, de ejercicio balsámico para quien lo emprende. Mireya, escritora de oficio, de prosa resuelta y dulcemente evocadora, comienza su relato en Salvador de Bahía. Hay una descripción que no solo atañe al espigado jovencito que va ufano por las calles sino a la meteorología del lugar, al aire mismo que se nombra y a esa hora del crepúsculo que se anticipa.

Todo importa a la hora de fijar la memoria del músico antes de los reconocimientos. Las ciudades habitadas en ese aprendizaje como Montevideo, las saudades del viajero, los primeros golpes de la vida. Mireya va colocando el espejo stendhaliano para mostrarnos al hombre que fue su padre, sin máscaras ni artificios.

El turbión de los acontecimientos históricos sacude las vidas particulares. A Alberto Soriano le salva el arte, la escritura, el pentagrama. También el amor. Todo va aconteciendo mientras el mundo se sobresalta. “Alberto está en Río, de pie junto a la ventana, y su alma de rodillas ante la belleza de la noche de diciembre que tiene la quietud de un encantamiento”. Sirva esta introducción a uno de los capítulos para ilustrar la manera en la que Mireya sitúa a su progenitor. Le fotografía, lo eterniza en lo cotidiano, lo revive en su prosa.

“No creas en mis melodías. Mi alma está llena de cánticos fugitivos. Tratar de retenerlos es mi vida”. Le dice Alberto a Martha, su mujer. *Andante* sigue al músico y esa incertidumbre de quien trata de encontrar su lugar en el mundo, profundizando en la música, tratando de que esta llegara al pueblo.

Mireya anota reseñas entusiastas que ayudan a contextualizar la trayectoria artística de su padre. También recoge encuentros y amistades que el músico atesora a lo largo de su vida. Aparece, por ejemplo, el violonchelista Rostropovich o el escritor Alejo Carpentier, que aparte de escribir narraciones del calibre de *El siglo de las luces* ejercía de gran musicólogo en su tiempo. Alberto Soriano por Varsovia o por Bucarest, conmovido en Praga o en Berlín en donde la crítica le agasaja y le califica de “verdadero maestro en el difícil arte del cuarteto”.

Las ciudades del músico. Las muchas vidas del músico. Los pasos del viajero. Los ecos familiares. Alberto escribiéndole a Martha una carta desde Moscú. El impacto de los *Cuatro rituales sinfónicos*.

Mireya nos deja un retrato humano de su padre. No solo musical. Del niño al adulto envejecido que sufre hasta una expatriación, fijando su estancia en Buenos Aires hasta que puede regresar a Montevideo. Habrá más turbulencias políticas, las que atañen a los años setenta y a la propia biografía del músico. Alberto compone *Baladillas de Buenos*

*Aires*. Mireya lo retrata en soledad descifrando el canto de las aves o inspirándose en una fuentecilla porque el agua es musical y de alguna manera lleva en su fluir constante al mar lejano y remoto de la infancia.

Al cerrar las páginas luminosas, evocativas, de *Andante* dan ganas de buscar el registro sonoro de las piezas de Alberto Soriano, el legado de su música. Mireya nos despierta esa curiosidad por su padre. Del brazo de su madre por Copacabana nos lo sitúa casi al final del libro. El señor de la música a punto ya de encontrarse con la muerte. Vida, muerte y música entrelazadas en este *Andante* en el que Mireya Soriano nos devuelve la figura de su padre en una obra que va más allá de la docta biografía para convertirse en un retrato emocionante del hombre, del músico y de su tiempo.

LUIS GARCÍA GIL

## UN PASEO CON BASTÓN

Es media tarde en la ciudad del Salvador de Bahía de Todos los Santos, pero ya el aire se ha vuelto más ligero y un leve frescor anticipa el crepúsculo, que allí sobreviene con la celeridad del cambio de luces sobre un escenario.

El espigado jovencito va ufano por calles en las que se cruza con pocos transeúntes, pasa frente a tiendas que exhalan aroma de seda, frutos, y tabaco negro. Algunos tenderos, recostados en el marco de sus puertas, le siguen con la mirada apacible, distendidos y a la vez alerta al paso de posibles clientes. *Boa tarde. Boa tarde.* Le han visto muchas veces bajar desde Ladeira da Jaqueira hacia el centro de la ciudad vieja. “O Alberto” dice uno al de la puerta contigua, cuando los pasos del chico ya se van alejando por la vereda. Aunque el otro ya lo conoce. Es solo por decir algo y llenar las horas tan inmóviles como las copas de las palmeras del otro lado de la calle. “O Albertinho”, contesta el otro. Los dos saben bien de quien se trata, el hijo de Don Samsón y Doña Jamila. Al padre pocas veces lo ven, pero le tienen por un hombre bondadoso y tranquilo. Un *gentleman*, alto, rubio, de mirada azul tan dulce como su sonrisa

Jamila, pequeña y menuda, tiene una fragilidad que contrasta con el abismo de sus ojos negros. Pulcra y sencilla en el vestir, lleva el cabello, oscuro y lacio, recogido siempre de la misma manera. Aparece por las tiendas acompañada del más pequeño de sus hijos, aunque a veces pasa meses sin ir, y cuando lo hace compra para los niños y nunca para ella.

—Hace tiempo que no veo al hermano, uno que es muy seguido con él, que hasta parecen mellizos —dice uno de los tenderos.

—¿El Marcos?

—El Marcos.

—Ese muchacho es un poco débil. No sale mucho. Sólo a lo más indispensable. El colegio o algún concierto.

—¡Concierto no es indispensable! —protesta el otro.

—Sí para él. Parece que le gusta mucho la música.

—Como al Alberto.

El chico ya se ha perdido tras el último recodo de la calle, pero la conversación todavía se estira entre largas pausas hasta que el recuerdo de una divertida anécdota la anima de modo inesperado.

Bastó una sonrisa de complicidad y un “¿Te acuerdas?” para que no hiciese falta decir más. Su compañero sabía que había que volver a reírse con el cuento de cuando uno de los tenderos, sin otro propósito que el de buscar cierta confraternidad con una supuesta coterránea, le había dicho a Jamila unas pocas palabras en turco. Ella había quedado pensativa unos instantes, como si esas voces le trajesen una vaga reminiscencia de infancia, y cuando se marchó, el patrón no tardó en reprender al dependiente. “¡No se gastan bromas con las clientas! Acá se habla portugués. ¡No se habla turco con gente de fuera!” El hombre había intentado defenderse. “¡Jamila es nombre turco!” a lo que el alcahuete de la tienda terció. “¡Pero ella es griega!” y allí hubiera terminado todo si no fuera porque el que había cometido la imprudencia masculló “¡Será griega pero el nombre es turco!” provocando la furia del patrón que repitió dos veces: “¡Aquí nadie es turco!” Y había sido difícil contener la risa al oír esas palabras en boca de un hombre recién llegado de Esmirna, pero el festejo les seguía durando para cuando quisieran y pudieran recordar el episodio.

—¡Acá nadie es turco! —repitieron al unísono riendo, mientras sacudían los brazos en alto remedando el gesto airado del patrón.

Griega o turca, Jamila era una clienta amable y poco habladora, no como otras que discutían precios y revolvían todo como si ya les per-

teneciera antes de haber comprado nada. Ella iba decidida a lo que iba a comprar, y cuidaba de que el niño que solía acompañarla, (Nathalio, “o Casula”) no desordenara el contenido de los grandes canastos que flanqueaban el mostrador.

Alguno, al paso de Alberto frente a la puerta de su comercio, reconocía la ropa que llevaba puesta, y se sentía satisfecho de habérsela vendido a su madre y de que todavía luciera bien.

Todo es conocido, familiar, acostumbrado, Por esa calle no pasan forasteros. El turismo masivo, en todas sus variantes, todavía no ha invadido el mundo. Está reservado a unos pocos privilegiados, a quienes, por otra parte, jamás se les ocurriría incursionar en esa zona de América. Los que llegan a Bahía en busca de trabajo tampoco se asientan en la ciudad alta, y quedan en la zona portuaria, al pie del enorme acantilado que divide la ciudad.

La mirada mansa de los tenderos tutela la discreta armonía, el devenir de ese engranaje de vidas que no les son ajenas, familias dentro de las que pueden atisbar a través de suaves indicios, o de palabras que van y vienen dejando entrever poco a poco los secretos.

Todo respira armonía en santa paz, y sin embargo esa tarde hay un pequeño detalle capaz de perturbarla. Un bastón de caña de bambú con empuñadura de plata, portado por Alberto con ostensibles gestos de elegancia. Lo hacía oscilar en su mano izquierda a ritmo de su marcha, jugaba con él cuando se detenía en una esquina. Describía círculos completos, lo cambiaba de mano y continuaba blandiéndolo con la soltura de un bastonero que desfila.

A su paso frente a la frutería, un vendedor, sentado junto a un montón de sandías verdes y lustrosas dijo a otro.

—¿Estás viendo el bastón que lleva el muchacho?

—Estoy viendo, bastón fino. Creo que ese bastón debe ser de Don Samsón. El muchacho es hijo de él.

Alberto todavía no había cumplido los doce años y hasta hacía poco no se le permitía salir solo en recorridos largos, por lo que ese andar seguro hacia un destino lejano le llenaba de orgullo. Pero ¿qué era eso de que llevara bastón, como estilaban los señores elegantes? Iba atrave-



sando calles en las que muy de vez en cuando aparecía un automóvil que dejaba a su paso un hálito de admiración, y atrapaba la mirada de curiosos aglomerados en la acera para ver esa máquina reluciente y ruidosa. Algunos carreros obligados a apartarse lo miraban con recelo, que pasaba a ser indignación si el animal metálico hacía sonar la voz potente y disonante de su claxon, capaz de encabritar a los caballos y dislocar por un instante el suave discurrir de la rutina urbana.

Alberto sentía que el bastón, ligero en sus manos, iba y venía como con vida propia. Ya estaba en las calles más populosas, y de vez en cuando el extremo metálico tocaba apenas el borde del cordón de piedra con un sonido seco, estimulante. Se diría que era un bastón mágico, que nada tenía que envidiarle al cetro de los reyes ni al báculo de los obispos. El paso de Alberto se hacía más ágil, acompasado al movimiento de la caña que iba y venía surcando el aire límpido del atardecer.

Cruzó la calle y reconoció la casa de su profesor de música, que había ido hasta la Rúa Jaqueira para darle clase esa mañana. Detuvo su marcha frente a la puerta, tocó el timbre y golpeó ligeramente el extremo del bastón sobre las losas de la vereda en un último gesto de posesión. En cuanto sintió que estaban por abrir, volvió a levantarlo ya pronto para entregar a su dueño, que asomó somnoliento, con el cabello canoso enmarañado, y que lo recibió diciendo “*¡Oh rapaz!*,” con gesto de lamentar que el alumno se hubiera tomado la molestia de ir a devolvérselo. “*Obrigado*”, agregó, moviendo la cabeza como en censura de su propio olvido. Y después sólo otro gesto de agradecimiento dirigido al chico que muy erguido, de pies juntos, lo miraba desde respetuosa distancia. “*Muito gentil*” dijo el profesor de música antes de cerrar la puerta. Alberto hizo una pequeña reverencia y emprendió el regreso por el mismo trayecto, pero sin el bastón que parecía haber dado alas a sus pasos. Ya no era más que un chico caminando por calles conocidas, uno de los tantos que iban y venían por la ciudad en la que ya se estaban prendiendo algunas luces.

Era casi noche cuando pasó frente al Colegio de Nossa Senhora da Vitoria, en donde había cursado la escuela primaria, y aunque era lógico que por la hora estuviesen puertas y ventanas cerradas a la soledad de la vereda, esa fachada hermética le dio una súbita sensación de in-

fancia perdida. Se sintió entonces como parte de un sueño en el que el tiempo corría sin remedio. Fue más de prisa por el empedrado húmedo que brillaba con reflejos dorados cerca de los faroles. Sus pasos resonaban en el silencio que se había instalado de golpe, como si la ciudad hubiese caído en un sueño repentino

Cuando llegó a casa, su madre levantó la vista del tejido y lo miró con calma expectación. El padre, sentado en una mecedora junto a la ventana, también lo miró y dijo “¿Todo bien, muchacho?” Alberto contestó que sí con cierta impaciencia, como si no hubiera sido posible que fuera de otro modo, y se fingió un poco molesto, aunque le reconfortaba el aroma de la cena que solamente esperaba por él.

Su hermano Marcos bajó las escaleras despacito, haciendo bromas. “¿Llegó el caballero del bastón maravilloso? ¿A qué te fue más fácil el caminito de ida, hermano? ¿Ese era mismo un bastón de poder!”

Todos se sentaron a la mesa. Nathalio, el más pequeño, preguntó por el báculo y quiso saber qué había dicho el profesor al recibirlo.

—Me lo agradeció —contestó Alberto sin mirarlo.

—Claro que sí, es un hombre educado —agregó Jamila— y también tu hermano fue muy amable de llevárselo.

—Podía haber esperado al próximo día de clase y se lo daba acá en casa. El profesor no precisa del bastón —chilló Nathalio.

—Lo usa porque es elegante —dijo el padre—, los señores de la ciudad lo llevan para lucirse.

El Maestro merece —siguió Jamila—. Es buen hombre y buen profesor. Lástima que el año que viene ya no va a dar más clase a tu hermano.

—¿Por qué? —preguntó el “Casula”.

—Tú come y no preguntes tanto —contestó el padre.

—¿Por qué? ¿Será que él se portó mal? Seguro que sí y por eso no quiere darle más clase, ¿eh? —dijo el niño, provocador, señalando al hermano con la mano que sostenía la cuchara aún vacía.

—Calla. Por el contrario. Tu hermano es tan buen alumno que ya el Maestro no tiene más para enseñarle. Dijo que el año que viene Alberto tendrá que ir al conservatorio.

—¿Conservatorio? ¿Qué es eso?

—Donde estudian los que van a ser músicos.

—Vamos a ver si eso es posible, mujer —dijo Samsón, mirando por un momento el cielo estrellado que dejaba ver la ventana entreabierta.

Marcos aprovechó para decir

—¿Y dónde iré yo, padre? ¡Yo quiero ser comediante!

—Ya veremos, todavía falta.

—¡Pero pronto cumpliré diez años, padre! ¡Imagina, dos cifras! Ya tendré una edad de dos cifras. ¿Comprendes? —contestó el niño con ademanes muy expresivos.

Su padre lo miró sonriendo con cierta admiración.

—De verdad que parece sirves para comediante.

—¿Será que Alberto va a ser músico cuando sea grande? —siguió preguntando el “Casula”, ya más tranquilo y con cara de asombro.

—Eso mismo va a ser —contestó Jamila, con el tono de quien da la conversación por terminada.

Alberto volvió a sentirse tan ufano y le sonrió a su madre con complicidad.

© del texto: Mireya Soriano Lagarmilla, 2021  
© del prólogo: Luis García Gil, 2021  
© de las fotografías: sus autores respectivos (archivo de la autora)  
© ilustración de portada: Caspar D. Friedrich, *Der Wanderer über dem Nebelmeer*, 1818  
(Kusthalle, Hamburgo / Alemania)  
© de esta edición:  
Milenio Publicaciones SL, 2021  
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida  
Tel. 973 23 66 11 - Fax 973 24 07 95  
editorial@edmilenio.com  
www.edmilenio.com  
Primera edición: junio de 2021  
Impresión:  
Arts Gràfiques Bobalà, S L  
Sant Salvador, 8  
25005 Lleida  
www.bobala.cat  
ISBN: 978-84-9743-935-0  
DL: L 226-2021

*Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <[www.cedro.org](http://www.cedro.org)>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.